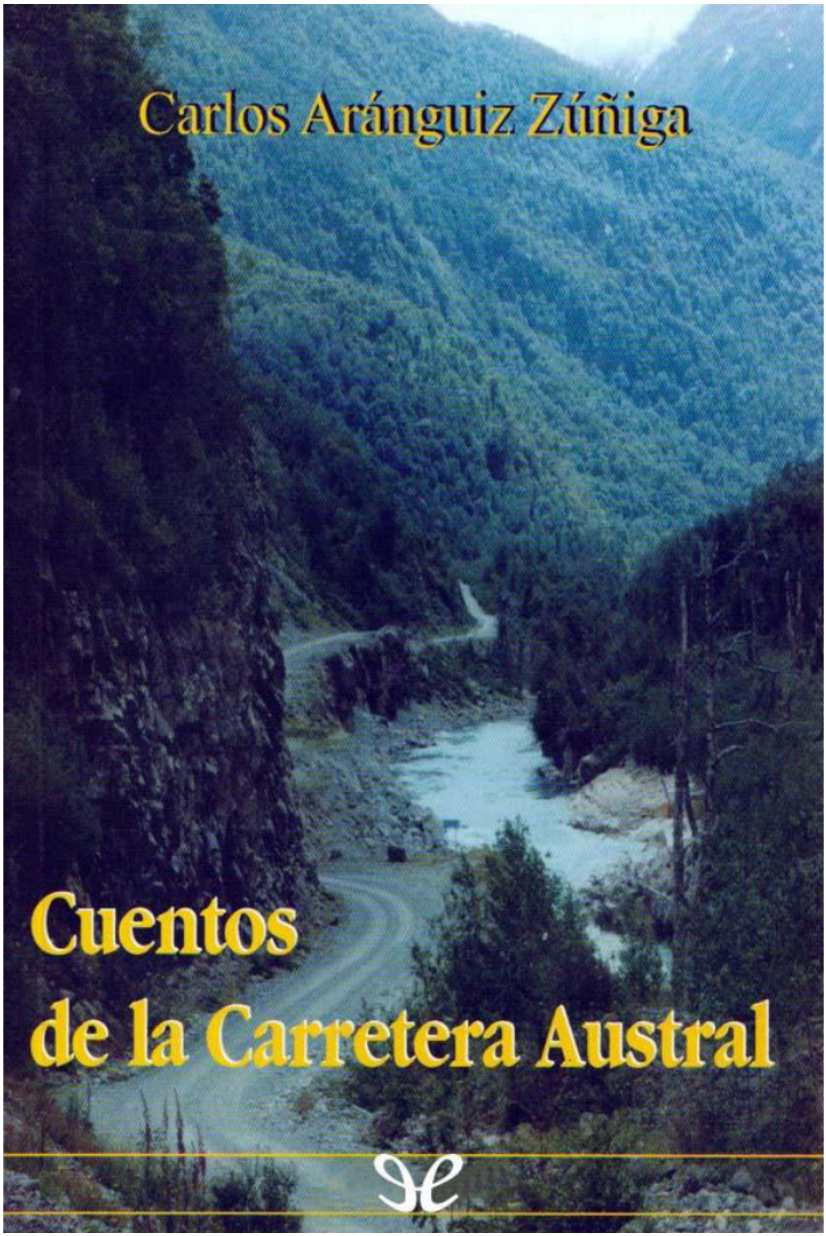

Carlos Aránguiz Zúñiga
Cuentos
de la Carretera Austral

Cuentos de la Carretera Austral comprende sólo seis relatos, todos breves. En todos ellos rondan la sangre y la muerte, ya sea por violencia de la naturaleza desatada, ya por la iracundia de las pasiones elementales. El autor pretende mostrar al mundo —a Chile por lo menos— que la Patagonia existe, y sin duda lo consigue con el poder de su palabra.

Carlos Aránguiz Zúñiga

Cuentos de la Carretera Austral

ePub r1.0
Titivillus 06.04.2025

Título original: *Cuentos de la Carretera Austral*
Carlos Aránguiz Zúñiga, 1991
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

A Poly y a mis hijos, que deshojaron parte de las horas que les pertenecían para que yo pudiera escribir.

A mis padres, que me enseñaron sobre todo el valor del amor y la amistad.

A los amigos leales que nunca me defraudaron.

A los amigos que me defraudaron.

Nota a la cuarta ediciön

Tres ediciones de 1000 ejemplares cada una han sido agotadas de este libro, sin que haya decaído su demanda. Ello nos ha motivado a una cuarta edición que ponemos ahora en sus manos, conservando las características que nos son exigidas por el autor: tamaño que facilite su porte; delgado, para no asustar al nóvel lector; y letra grande y atractiva que facilite una lectura cómoda.

Cuentos de la Carretera Austral constituye todo un hito en la literatura proveniente de la provincia chilena: seguramente se trata del libro más vendido de un autor no avecindado en la capital. Tres mil ejemplares vendidos, son tenidos en varios países —entre ellos, Argenina— como un *best seller*.

En el éxito de este libro han confluido varios factores y el primero de todos, indudablemente, ha debido ser su calidad literaria, que ha sido corroborada por la crítica especializada en varias oportunidades. En seguida, pensamos que ha influido también su identificación con el paisaje humano y geográfico de una de las regiones más desconocidas de Chile, lo que le confiere un atractivo especial para el que desea adentrarse en su conocimiento o guardar un preciado recuerdo de ella. Pero quizás uno de los factores más importantes haya sido su amplia aceptación entre el público joven, aquél que se dice habitualmente que no lee, hecho facilitado sin duda por el reconocimiento de este texto como material complementario para la educación nacional hecho por el Ministerio de Educación.

Esperamos, pues, que esta nueva edición de estos relatos patagónicos, colme las expectativas del público lector y que la región maravillosa de la que nos hablan sea cada día un poco más querida por todos.

Los Editores

PRESENTACIÓN

Los cuentos que me atrevo a presentar en este pequeño libro, hablan de una región inexistente para muchos chilenos, que creen que el país limita al sur con Puerto Montt y que Punta Arenas es el último desvarío de los exóticos navegantes de la Antártida.

No los critico. También a su hora, este servidor —nacido en el norte del país— pensaba parecido, aunque el vago recuerdo de un compañero de curso en la secundaria, que provenía de Coyhaique, no dejaba tranquila esa visión errada y acomodaticia del sur de Chile.

La Patagonia necesita probarle al mundo de que existe hoy y que no es sólo un proyecto ecológico o una reserva estratégica para la Humanidad.

Entonces, decir que los *muertos que vos enterrásteis gozan de buena salud*, puede ser un objetivo noble y suficiente de este texto, que no pretende convertirse en una expresión fidedigna de la historia, del lenguaje y las costumbres de Aysén, fines importantes éstos que dejo a una pluma especializada.

Yo sólo quiero unirme a las voces de los náufragos de la Trapananda, que echan su botella al mundo esperando que alguien la recoja.

C.A.Z.

El jabalí

(Primer Premio Cuento Certamen de Literatura Austral Chile-Argentina, Ushuaia, 1990)

Al tercer día divisamos un caserío casi perdido en el follaje, que sólo advertimos por el humo blanco y alto que salía por encima de los árboles, casi debajo de una represa natural que contenía un lago verde y turbio del que unas horas antes habíamos sacado a lanza el salmón más grande que vi en mi vida.

Dirigimos nuestras cabalgaduras exhaustas a las casas desparramadas en la falda de una colina, de espaldas a un riachuelo cristalino que parecía merodear los patios cercados.

Un perro enorme, de fauces negras y aliento hediondo vino a recibirnos y los caballos detuvieron su paso desobedeciendo incluso el chicote. Don Vicho, el gaucho que nos servía de guía, afirmó su lanza y cuando se aprestaba a cargar al animal que no cesaba de ladrar furiosamente, apareció tras suyo a paso cansino y fumando tranquilamente un cigarro de hierbas, un campesino de rostro arrugado, desdentado y sucio, orgulloso en su porte erguido y de pelo cano.

—¿Falta mucho a La Tapera? —le pregunté a guisa de saludo.

Pero no me respondió en seguida, sino que primero acarició al agresivo can, que dejó de ladrar de inmediato. Entonces los caballos recobraron su aplomo y tuvimos que jalar riendas para detenernos justo frente al hombre.

—Llevamos tres días andando —señaló Varela, el capataz que también me acompañaba, como hablándole al perro. —Estamos cansados. Nos gustaría tomar pensión.

El campesino hizo un gesto con su mano, mostrándonos una choza pintada de azul que sobresalía en el rancherío que se abrió a nuestros ojos, de la cual salía precisamente el humo que antes habíamos divisado. Luego dijo, dirigiéndose asimismo al perro:

—Tengan cuidado al desmontar.

Recorrimos los pocos metros que nos separaban de la casita indicada, a paso apurado. Amarramos los caballos en un poste de la cerca, ahuecamos nuestras pisadas en los tablones del portal y entramos sin anunciarnos.

Nos recibió una viejecita amable, cargada de años y chales, que también fumaba un cigarro de hierbas y despedía de su piel obscura un fuerte olor a capón.

—Pasen, pasen nos invitó con voz cantarina, aún cuando ya estábamos adentro. —Siéntense en esas bancas, al lado del fuego.

Nos mostró unos asientos dispuestos alrededor de la cocina a leña, sobre la cual unas ollas renegridas por el hollín dejaban escapar un inconfundible hedor de animal cerruno.

—Queremos pensión —le anuncié al tiempo que me sentaba en el lugar más próximo al fuego. —¿Qué se cocina?

La viejecita sonrió con petulancia. Se dirigió hasta un armario del cual sacó una botella de licor casero y me la alargó con una seña picaresca. Don Vicho y Varela se sentaron también, frente a mí, sacándose los ponchos húmedos y los sombreros ajados.

—¿Qué hay de comer, abuela? —preguntaron casi al unísono, sin quitar los ojos de las ollas ni inmutarse por la fetidez del guisado, notándose en sus pupilas ávidas los dos días que no comíamos en abundancia.

La mujer arrugó su cara en una sonrisa amplia y recién entonces me di cuenta que en su mano sobaba un mate que comenzó a beber a hurtadillas, en sorbos cortos, hasta que lo oyó roncar.

—Jabalí —dijo recorriéndonos con una sola mirada. Ustedes seguramente comieron alguna vez jabalí.

Nos miramos risueños. Seguramente no le parecíamos baqueanos por nuestra vestimenta elegante para esos lugares, pero ella no podía saber que yo me dirigía, acompañado de mis dos amigos, a mi propia boda en Cisnes Medio.

La anciana nos creyó sorprendidos o incrédulos, porque en seguida agregó:

—Los caza mi marido —y se volvió hacia la puerta para mostrarnos al campesino que nos había recibido, quien justamente hacía su entrada.

Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la penumbra del cuarto, nos encontramos rodeados de cabezas de jabalíes colgadas en todos sus muros, entreveradas con jamones salados del mismo animal.

Nos hartamos de comer del guisado y los panes de grasa que untábamos en su jugo. Y mientras bebíamos café con punta y fumábamos para ayudar a la digestión, nuestro anfitrión, superada ya la desconfianza inicial, se puso locuaz y tallero, encontrando buena disposición de nuestra parte para oír sus historias, llenos ya los estómagos y alborotada la sangre por el licor casero.

Llevo cuarenta años en la zona y cuando llegué no había más que jabalíes. Son bichos malos y mañosos; me carnearon varios caballos y a mí me han dejado las piernas todas charqueadas. Ahora hay pocos, porque los leones les tomaron el gusto y los que quedan son tan grandes que ni ellos se atreven a cargarles. Además, tuvieron la mala pata de encontrarse conmigo y el único año que no me eché un ciento, fue cuando partí a la pampa a buscar *peuca* y riéndose destempladamente apuntaba a la anciana que lo contemplaba entre avergonzada y arrobada.

El hombre se reía con tanta franqueza, que pronto estábamos contagiados de su viril alegría y lo animábamos a que nos repitiera sus hazañas, las que escuchamos por espacio de varias horas. Pero luego se vino encima la noche y sacando nuestras mantas para abrigarnos, las tendimos alrededor de la cocina. Sólo en ese momento, y a modo de despedida, el campesino se atrevió a preguntarnos:

—¿Y adónde van los patrones?

Guardamos un silencio cómplice un momento y luego don Vicho repuso, socarrón, aguantando una carcajada:

—¡A cazar jabalíes!

Nos costó dormirnos, inundados por la hilaridad que brotaba a borbotones desde nuestras entrañas. Pero el cansancio logró vencer nuestra porfiada resistencia y caímos en un sueño profundo del que no despertamos sino hasta muy avanzada la mañana, cuando la viejecita nos sacudía con sus manos de ñires:

—¡Levántense! ¡Levántense, que nos cayó una desgracia!

Nos paramos completamente despabilados por la alarma que mostraba la buena mujer que sollozaba a ratos, pero callaba la mayor parte del tiempo.

—¿Qué pasó, abuela? —inquirió don Vicho.

La mujer balbuceó unas frases que no entendimos. Varela la tomó de los brazos, se agachó para mirarla a los ojos y le repitió la pregunta. Sin embargo, el llanto, como un torrente incontenible, vino a apagar definitivamente la voz de la anciana.

Mientras mis amigos trataban de informarse acerca de lo sucedido, yo salí afuera a ver los caballos que estremecían la mañana con sus relinchos, presintiendo que en ello podría obtenerse una respuesta más rápida.

No me equivoqué. Apenas traspuse la puerta y me paré en el portal, vi en frente de la casa, a unos cincuenta metros en línea recta de mi cuerpo paralogizado, un fabuloso jabalí de unos doscientos kilos de peso, negro como las nubes que cubrían el cielo, los ojos humedecidos por la llovizna y los colmillos amarillentos untados en sangre. Apenas unos metros a su lado, estaba el campesino esposo de la anciana, con sus intestinos volteados y las manos todavía aferradas a una lanza quebrada que sólo había herido lateralmente al animal.

Dos de los caballos lograron romper en ese instante sus ataduras y corrieron despavoridos; pero el mío no pudo zafarse del poste que lo mantenía al alcance del feroz agresor, que se mantenía inmóvil, con los ojos crispados fijos en su nueva presa.

Medí con desesperación la distancia entre el jabalí y mi caballo, donde estaba enfundada mi lanza; y calculé que debía separarnos el mismo trecho. Pensé entonces en correr hacia adentro, cerrar la puerta con tranca y esperar que el animal destripara mi caballo y acabara de tragarse al campesino, tal vez así se cansara y marchara. Pero luego pensé en Lucila, que me esperaba ese mismo día en el rancho de su padre; en los invitados ansiosos y en el cura traído de Coyhaique. Cerré los ojos y vi sus brazos de almenas rodeándome la cintura y sus labios de fresa que saboreaba en mi recuerdo desde que había emprendido mi viaje en Argentina. Y tomé la fría decisión de jugármela, aún sabiendo que el viejo cazador no había aprendido la lección de los pumas y además que yo jamás había

cazado un jabalí en mi vida.

Corrí a todo dar hacia el caballo, al mismo tiempo que mis amigos salían de la casa con la viejecita en andas; y al verme, se pusieron a gritar:

—¡No, Maucho! ¡Espera, Maucho!

Sin embargo, ya nada escuchaba, sólo el agitado latir de mi corazón fortalecido en la puna saludable de la cordillera aysenina, donde había estado tanto tiempo haciendo crecer las estancias ajenas.

Con un salto final, sobrehumano, alcancé la lanza y la empuñé con tal fuerza que me sangraron las coyunturas. Mientras, el jabalí aguardaba, en lo que se me antojó un gesto de instintiva nobleza, para que yo tuviera la oportunidad de equilibrar la lucha que iba a trabarse.

—¡Dale fuerte en el tungo! —me gritó hasta desgañitarse Varela, cuando comprendió mi irrevocable decisión.

—¡No le *errís*, Maucho, que no la *contai*! —añadió con la voz quebrada don Vicho.

Y entonces el animal no esperó más y cargó con todo su brío contra la pequeña figura que se había interpuesto en sus planes y entonaba su gazuza. En breves segundos pude sentir su resuello de sangre empujándome, pero me paré con firmeza y aguanté su envite con la lanza apuntada, que se enterró en su cuerpo merced a su propio impulso; y aunque fui levantado por los aires, mi peso sirvió para asentar el palo en sus entrañas. Sin embargo, mis piernas quedaron al alcance de su hocico y con sus colmillos se llevó dos lonjas de mi pantorrilla derecha.

Nunca supe cuánto tiempo me mantuvo suspendido la fiera, pero en un sacudón me botó lejos, cayendo cerca de las patas de mi caballo que seguía revolviéndose en su atadura; y de improviso, una coz vino a darme en la cabeza, nublándoseme la visión. Con los ojos emponzoñados divisé desde el suelo a la bestia mirándome, jadeante, comprimiendo su lomo partido a todo lo largo. Se me ocurrió que le producía curiosidad esa creatura extraña, ahora vencida, que había osado amenazarla. Después de un rato, contrariando todo lo que siempre se ha sabido de la actitud de este animal cuando está herido, dio la vuelta y se marchó al galope.

Varela se acercó primero, mientras don Vicho sujetaba a la

mujer que se desplomaba sobre su esposo yerto.

Cuando cabalgábamos al día siguiente, con mi pierna envuelta en pedazos de sábana, pensaba en lo triste que estaría Lucila, esperándome desde la noche anterior, arrumbada sin consuelo sobre la cama fría.

Playa de piedras

Cuando el lago crecía repentinamente encrespado por las manos transparentes del viento suroeste y se ensanchaba la espuma sobre la playa de piedras, Tomasa corría y corría hasta que su pierna más corta la obligaba a rendirse con un dolorzuelo agudo. Entonces se tendía sobre las rocas hasta que los latidos de su corazón dejaban de sacudirle el pecho naciente y los pensamientos volvían a brotar en su cabeza, inflamando la herida perenne dejada ocho años atrás por el sufrimiento.

En los campos que sus pies acariciaron tantas veces, entibiando los pastos de una tierra donde el sol no calienta, se oían sus gritos silvestres menguados por el parloteo súbito de los pájaros alborotados ante la fuerza sorpresiva de la brisa. Y si los árboles doblados por el céfiro fugitivo de la tarde no retenían los cánticos destemplados de los aires, su voz podía escucharse hasta en el pueblo, aunque entonces no faltaría quien dijese que la chiquilla andaba de nuevo ofreciéndose a la desgracia.

Porque un día como ése hacía ocho años atrás, cuando Tomasa vagaba como siempre orillando los almácigos de nata del lago General Carrera recogiendo piedras teñidas por el azul desafiante de sus aguas, un mocetón peregrino le convidó panes de dulce que consiguieron ablandar su natural cautela, partiendo con él a los cerros a cazar mariposas furtivas. Sin embargo, al volver de esta quimera con su ropa desgarrada, ya no traía su inocencia; sus ojos no reflejaban el destello de la tierra y el peso de aquel hombre le había trizado una pierna, dejándole una vergüenza espuria que arrastraría por donde anduviera.

Tuvieron que resucitar varias veces las nalcas entre los guijarros y descoyuntarse el monte, antes que Tomasa se atreviera de nuevo a

visitar esos lugares que le eran más familiares que su propia casa y recostarse en las piedras salpicadas de musgo escarmenado que la acogían con más tibieza que su propio lecho. Y aún debieron pasar varios años para que volviera a llevar flores a la gruta cercana y regresar —cabizbaja— a la escuela.

Su conversación se hizo mezquina y a cambio de ello, cuando lograba su soledad ante el viento, gritaba y corría, a ratos olvidando su tragedia, mientras llenaba sus pulmones del dulce aroma de las manzanas maduras; hasta que el dolorzuelo venía a anunciarle que atardecía en su memoria y que era hora de calzarse la desdicha para emprender el regreso a su miseria.

Y así habrían pasado otros ocho años, como los que tenía cuando fue despojada de su virtud inconsciente, pero el implacable cincel de su destino infame quiso esculpir una tarde cualquiera en sus ojos la sombra de un hombre marchito, ancho como la pena que le había robado cada noche, alto como el vuelo de su desesperanza, curvada su espalda de iniquidades, tambaleándose en la alameda, recortada su figura de ebrio contra el crepúsculo vacilante.

Pudo reconocerlo de inmediato, a pesar que nunca más había vuelto a verlo desde aquella tarde aciaga; y su cuerpo se endureció como el palo de un membrillo —no supo si de miedo o de rabia—, consiguiendo de tal modo su empeño que cuando el hombre pasó a su lado la creyó una estaca del camino.

Estuvo muchas horas confundida en el paisaje, tanto que unas bandurrias le pasaron por el medio. Había luchado tanto por olvidar la causa de su dolorzuelo, que no podía comprender cómo le aconteció coincidencia tan amarga. Era de noche cuando se descongelaron sus pupilas y el lucero solitario de Aysén vino a centellear entre sus lágrimas que rodaron cuesta abajo del tiempo, no se detuvieron en la tierra suelta y llegaron hasta el lago, dejando una estela amarillenta sobre la playa de piedras.

Saludó con un gesto al entrar en su casa y siguió sin detenerse hasta el patio. Su madre azuzaba las brasas de la cocina a leña y su padre bebía despacio un mate arreglado. Sólo su hermano pequeño notó su distancia y le respondió con noción de su arribo, también con una seña. El niño se revolvió en su asiento mientras le servían el puchero y al encontrar un sabor extraño en el pan amasado exclamó:

—La torta está añeja.

Pero su madre siguió revolviendo el fuego y su padre se preparó otro mate. Afuera rugía el viento y el lago arañaba con uñas encarnadas de agua enfurecida sus atormentadas riberas.

—Algo le pasa a la Tomasa —musitó el muchacho.

Su madre puso la olla en el fuego avivado y su padre fue hasta una repisa para sacar un plato esmaltado que puso en la cabecera de la mesa.

Cuando ladró un perro, el niño se levantó de su silla y se asomó al patio; sin embargo, la obscuridad había construido una muralla ante sus ojos y no pudo divisar a su hermana. Entonces se fue a acostar, durmiéndose en seguida.

No pasó mucho rato antes que se despertara presa de una gran agitación que de improviso se resolvió en una lastimera profusión de gritos:

—¡La Tomasa está muerta! ¡La Tomasa está muerta!

Sus padres acudieron alarmados a la pieza del chiquillo, encontrándolo sentado en su cama, la mirada fija en un punto indeterminado y los labios trémulos repitiendo:

—¡La Tomasa está muerta!

Trataron de calmarlo, le hablaron de pesadillas anteriores e intentaron vanamente volverlo a dormir, pero el niño no dejaba de repetir su trágico augurio, entre espasmos sucedidos de cortos períodos de aparente sosiego, hasta que de repente se levantó bruscamente y partió corriendo hacia el patio, adonde le siguieron sus angustiados padres.

El pequeño no buscó en parte alguna, sino que se dirigió directamente hasta el cuartito de baño construido precariamente en el fondo del sitio, parándose frente a la puerta entreabierta y mirando hacia adentro, sin decir una palabra y sin hacer ningún gesto, como si estuviera viendo exactamente lo que esperaba encontrar. Sus padres titubearon un instante, pero empujados ya por el presentimiento, se fueron acercando lentamente.

Tomasa estaba colgada del cuello sujeta por una soga de cáñamo amarrada a la viga superior del retrete, su cuerpo bailando al compás del viento que agitaba la puerta; y en el gesto de su cara podía adivinarse que su pierna más corta le había dejado de doler.

Carretera austral

—¡¡Tiro!! —gritó el capataz al tiempo que los camineros corrían a guarecerse de los estragos de la explosión. Instantes después, una fuerte detonación marcaba una línea en el cerro y desgajaba en miles de pedruzcos pardos sus faldas tornasoladas.

Liborio salió de atrás de una roca cuando aún no bajaba del todo el polvo levantado por el vigoroso estallido, sacudiéndose los pantalones de lona con la misma desaprensión con que se hubiese limpiado las migas caídas durante una cena descuidada. Se sentía henchido de la arrogante emoción que le colmaba siempre que, como ahora, su cálculo de la cantidad de dinamita a emplear resultaba perfecto.

Los caminos se habían convertido en su pasión desde los doce años, cuando empezó como banderero en la reparación de una carretera secundaria del norte grande. Desde entonces había escalado con mucho tesón todos los peldaños que lo condujeron al cabo de dos decenios al codiciado puesto de capataz de explosivos.

Era la primera vez que se había alejado tanto tiempo de su Valparaíso natal; pero esta misma situación le permitía ahora un lujo impensado en su trabajo cotidiano: que su esposa viviera con él, en un campamento provisorio levantado cerca de la obra.

Mariana, menor que Liborio diez años, era su razón de existir, si la razón pudiera compararse con la pasión y la existencia con la embriaguez de los sentidos. Para él no sólo era la única mujer que podía amar y haber amado, sino que era también el capullo secreto en que se refugiaban sus permanentes frustraciones. Tal vez por eso no habían llegado a tener hijos, no fuera a ser que a través de algún rasguño causado por su impaciencia entrara alguna vez la aventura de una lágrima.

Durante muchos años, ante la necesidad de trasladarse continuamente en su trabajo de acuerdo a los requerimientos de la empresa en que prestaba servicios desde muchacho, había tenido que ir postergando su casi sobrenatural deseo de estar permanentemente a su lado, a cambio de forjar la esperanza de un destino sin privaciones en que ni siquiera tuvieran cabida los presentimientos. Sin embargo, ahora en la herida abierta en el pecho selvático de Aysén para la construcción de la Carretera Austral, podía rumiar su carne de pasto muelle, cada vez que su apetito de hombre maduro necesitaba extraer de sus íntimas praderas las ansias más verdes.

Desde que la había conocido trepada en la baranda del Ascensor Turri del puerto de su nacimiento, tomó la decisión de amarla con tanta entereza y sin transacciones, que había llegado a aceptar la suerte que había corrido su padre, que pasó los últimos años de su vida abandonado en una casa de orates, recitándole versos de sangre a su esposa ya muerta hacía una década.

Mientras esperaba con la certeza de un vaticinio científico la realización de esta autoprofecía, sus horas se deshojaban lenta y desesperadamente en su trabajo, hasta que podía regresar a la casa de tejas de lenga, construida en la entrada norte del campamento, para encontrarla —aunque fuera— siempre cabizbaja y ausente, pero completamente alerta al menor de sus gestos a fin de satisfacer cualquier deseo o incluso sus caprichos, sin más demora que un instante imposible.

Por eso fue que cuando Liborio se enteró que su compadre Amaro, compañero de trabajo de toda una vida y compinche de algunas farras aisladas, aprovechaba sus turnos opuestos para visitar su casa, creyó enloquecer de rabia y celos, llegando sin mucha dificultad a convencerse que la única forma de conjurar el sino fatal que se cernía sobre su felicidad, era destruir esa amenaza de un modo tan evidente que absolutamente nadie, ni siquiera veinte años después, pudiera atreverse de nuevo a pensar en cambiarle su suerte.

No obstante, el tiempo se fue alargando porque sus turnos siguieron siendo distintos durante semanas. Sin embargo, su paciencia tuvo recompensa la segunda semana de enero, cuando los tábanos horadaban los torsos desnudos de los trabajadores, atraídos

por el fuerte exudar de sus cuerpos robustos. El día Lunes le dijeron que su compadre haría el mismo turno y entonces se acordó que el fin de semana anterior había sido el primero en mucho tiempo en que Mariana manifestó arrebatos de una alegría inusitada, circunstancia que estimó el augurio que necesitaba para terminar de decidirse en su propósito.

Rellenó los cartuchos con prolijidad enfermiza, tomó un puñado de estopines desde una caja de la bodega y con una mecha enrollada bajo el brazo se encaminó al cerro. En la parte más saliente de la roca puso el triple de explosivos que lo normal y extendiendo la mecha una distancia larga, se puso a buen recaudo. En seguida llamó a sus compañeros para que le ayudaran a acomodar los restantes cartuchos y una vez lista la maniobra dio el aviso:

—¡¡Tiro!!

Todos corrieron a protegerse, Amaro el más rápido y fue a ponerse junto a Liborio. Éste simuló encender la mecha y esperó un momento, para luego gritar con voz ronca:

—¡Se chingó!

Los jornaleros salieron de sus escondites, menos Amaro. Desde el almuerzo algo le había quedado anudando los intestinos. Entonces Liborio lo increpó:

—¡Anda vos también!

Amaro, sin saber por qué, lo miró francamente con recelo y titubeó, pero al advertir que sus otros compañeros ya se dirigían al lugar del tiro fallido, se incorporó y partió tras ellos.

Liborio los miró un rato largo. Vio que «Gamuza» le decía algo a «Neuquén», el arquero obligado de las pichangas de los descansos robados; y un paso más atrás «El Parole» hablaba animadamente con «El Sapo», cantante sempiterno de los ocasionales malones de fin de semana, todos camaradas suyos de tantas desventuras y no pocas esperanzas. Empero, cuando Amaro estuvo cerca del grupo, sin dudarlo un momento y casi con parsimonia, encendió la mecha y aguardó en silencio que la chispa cumpliera su recorrido.

Unos segundos después una descomunal explosión estremecía el esqueleto desprevenido del valle y se propagaba incontenible por sus venas de riadas y esteros. Los habitantes de Villa Mañihuales, a treinta kilómetros, enmudecieron al escuchar la inusual detonación

que les anunciaba una tragedia. Los cuerpos destrozados se esparcieron cual perdigones disparados por un cañón, en un radio de varios kilómetros; y a las cuadrillas que concurrirían al enterarse de los alcances de la desgracia, les tomaría tres días completos reunir las partes suficientes para enterar finalmente un solo ataúd.

Trabajadores y familiares se agolparon con rapidez en el lugar del infausto suceso. Nadie hablaba y el polvo no conseguía disiparse. De entre la bruma apareció Mariana, con su rostro compungido y la mirada ansiosa; y entreabriendo apenas sus labios preguntó a su marido:

—¿Estaba el Amaro?

—Sí —fue la respuesta lacónica del aludido.

—Mala suerte —repuso entonces la mujer y dando la vuelta se perdió, cabizbaja y ausente, entre los helechos gigantes que bordeaban la orilla de la naciente Carretera Austral.

NÚMERO 16 023

Le comenté acerca de lo fría que estaba el agua y entonces Antonio propuso que cambiáramos de fondeadero, yéndonos a una pequeña bahía media hora al noroeste de la isla donde el día anterior habíamos levantado el campamento, cerca del seno Gala.

La chalupa quedó meciéndose como un cometa travieso en las olas del cielo, cuando Fortunio detuvo el motor y Roberto echó a andar el compresor que nos daba aire a los buzos.

Nos abrochamos los cinturones de plomo y casi al unísono, sin previo concierto, nos sumergimos con Antonio a unos veinte metros de profundidad y la corriente nos separó en seguida el doble, antes que pudiéramos siquiera tocar fondo. El agua estaba obscura y turbia, pero mis ojos voraces ubicaron en seguida la ciudad perdida de las cholguas y al cabo de unos minutos despachaba mi primer quiñe.

Mientras llenaba el segundo, mi pensamiento se despojó del traje de goma, arrojó la escafandra mohosa y nadó con ligereza por el canal Moraleda hasta alcanzar un choza mortecina en Melinka. Entró por la pared de enfrente, haciendo caso omiso de la puerta y se tendió al lado de Ingrid, acurrucándose a su lado cual niño aterido.

Había encontrado a la gringa sirviendo de meica entre Quellón y Castro, una vez que la barca en que viajaba sufrió una avería seria en medio del Corcovado y había ido a parar completamente al garete a la cuadra del puerto. Allí estaba ella, ofreciendo remedios para distintos males entre los mariscadores, con su melena rubia enrevesada de algas y conchillas que la brisa tunante le espolvoreaba en un juego inocente que no llamaba su atención. Mirarla haciendo mimos de circo para que la entendieran sus

taciturnos oyentes, hastiados después de alguna jornada de fracaso (y que habrían entregado s sus propias mujeres al Trauco con tal de tener un trago para espantar el dolor de los huesos entumidos) y enamorarme como si fuera la primera vez a pesar de que mil veces juré sobre la tumba (desconocida) de mi madre que nunca me pasaría algo así, fueron una sola cosa, aunque me costaran todavía un centenar de atardeceres vidriosos de lluvia y deseos reprimidos (orina incluida) para que aceptara venirse conmigo a mi isla a entibiarme las sábanas de yute (son las mejores para la humedad y el frío; un nortino trajo unas importadas y al primer día amaneció tieso sobre la escarcha) y a robarme los pensamientos que desde entonces no me pertenecen y se arrancan por su cuenta a visitarla y a quedarse con ella, cuando no estamos juntos.

Al cuarto quiñe me sentí cansado y lleno de una suave laxitud cerré los ojos, entregándome al vaivén de la corriente por un rato. Desaparecieron de mi vista las rocas preñadas de mariscos, los campos submarinos arados de tormentas, las escarmenadas colinas de líquenes y lo suaves promontorios de arena caliza. Sentí en mi boca el vinagrillo salobre de mi saliva fermentada y eché de menos uno de los tragos de vino que había desperdiciado al almuerzo.

—Hemos juntado doscientas lucas —dijo Fortunio mientras apretaba con un elástico los billetes arrugados recién contados. Una mirada torva y extraña vino a posarse en sus ojos claros.

—¿Y? —lo apuró Roberto.

—Es poca plata pa' cuatro.

Se callaron al sentir que ascendía Antonio. Mientras el buzo chapoteaba acercándose al bote, ellos no dejaron de mirarse a hurtadillas. Cuando sus manos se aferraron a la borda, Fortunio titubeó un momento antes de ayudarlo a subir.

Se sirvieron vino en unos vasos plásticos. Antonio se dio cuenta rápidamente que algo turbaba el ánimo de sus compañeros. Mientras escurría con el labio inferior sus bigotes salpicados de vino, preguntó sin dirigirse a ninguno en especial:

—¿Qué pasa?

Un largo silencio le cayó encima, tan físicamente, que sintió en su cabeza y en sus hombros el peso inconfundible de sus espineles. No insistió en saciar sus inquietudes, sino más bien la sed que lo atormentaba siempre a partir de las tres de la tarde. Sin embargo,

después de mucho rato, Fortunio se sintió obligado a responderle:

—Doscientas lucas es poca plata pa' cuatro.

Empecé a sentir que el frío que me había acompañado todo el rato, estaba traspasando el traje y no pude controlar unos sacudones involuntarios de mi cuerpo. La tarde había avanzado bastante, me daba cuenta, no por mi conciencia sino por los calambres. El último, me dije y con energía renovada comencé a llenar otro quiñe, esta vez con erizos del tamaño de una pelota.

De repente, una llamarada vino a reventarme frente a los ojos, una especie de bola de luz que estallaba en mil cristales que astillaban mi cara; y en unos cuantos segundos sentí que el aire desinflaba mis pulmones en vez de henchirlos. Perdí el control sobre mis músculos que se agitaban como peces fuera del agua. Quise gritar, pero el agua me infló la garganta como un globo de feria y entonces vi a mi pensamiento escapar como un cobarde, aunque ahora me daba cuenta que nunca volvería, que había dejado de pertenecerme.

Comunicación del Capitán de Puerto:

> «Comunico al Señor Gobernador Marítimo que hoy, siendo las 17.30 horas, en circunstancias que el lanchón *El Poseydón* originario de Melinka se encontraba en faena de buceo al noroeste de Isla Sin Nombre, ocho horas al sur del mencionado puerto, sus tripulantes, los pescadores artesanales Fortunio Marroño, Roberto González y Antonio Aycamán, dieron cuenta que al izar al buzo Artemio Pérez Pérez lo encontraron muerto, presumiblemente por causa del Mal de Presión».

Denuncia en el Juzgado:

> «Comparece: doña Ingrid Weiss Richter, soltera, natural de Puerto Varas, 38 años de edad, labores de casa, domiciliada en Melinka, quien juramentada legalmente expuso:
>
> »He comparecido al Tribunal a fin de solicitar el pase de sepultación de mi esposo Artemio Pérez Pérez,

muerto durante una faena de pesca en el litoral de Aysén, al parecer por inmersión. Solicito que, a falta de otros familiares, se me haga entrega de las pertenencias halladas en su poder: un equipo de buceo, dos pantalones, cuatro camisas, ropa interior, un par de botas y la suma de quinientos pesos».

Resolución final del juez:

«No siendo constitutivo de delito el hecho denunciado, se sobresee definitivamente la causa.

»Número 16 023».

El botero del lago Elizalde

Mientras la suave brisa mecía su bote amarrado a una estaca que apenas sobresalía del agua mansa, Jacinto dormitaba. La marea estaba alta y el muelle se había separado de la orilla, semejando una escultura trunca en un museo de ciénagas.

El sol esquivo se había asomado toda la tarde dorando la maleza que servía de cabellera a los acantilados, tornando transparentes las hojas reverdecidas de las lengas. La madera de la embarcación estaba tibia y acogía su cuerpo cansado como el pecho amoroso de una madre.

Todas las tardes atravesaba el Lago Elizalde desde el poniente al oriente para ofrecer su bote a los pescadores deportivos que se valían de su experiencia lacustre para conseguir las mejores presas allá en el fondo del lago, después de dos horas de navegación con motor exigido.

Pero ese día, como muchos otros, nadie había venido a requerir sus servicios, por lo que decidió echar una siesta para reponerse del trabajo de una mañana entera cortando leña, puesto que aún cuando era tiempo de estío, sus años en la Patagonia le habían enseñado a ser previsor y cortar siempre un poco más de lo necesario.

En invierno la nieve tapaba un metro todo el contorno del lago, pero no bajaba sus laderas, de modo que la casa que había construido en la ribera, equilibrándose sobre un promontorio costero, no era fácil presa de su blanco abrazo. Sin embargo, solían quedarle vedados entonces los accesos a los poblados cercanos, en virtud de lo cual siempre acostumbraba surtirse *para los vicios* de todo el año al promediar el verano.

El cigarrillo se había consumido en su mano empuñada, sin

quemarlo.

De pronto la brisa empezó a soplar más fuerte, como si se hubieran vaciado los pulmones del cielo; y cuando se transformó en viento incesante, las olas cobraron altura. El bote comenzó a moverse primero levemente y luego más fuerte, hasta que unas salpicaduras de agua agitada mojaron la cara del botero que despertó sobresaltado. Miró en derredor y se dio cuenta que se avecinaba un temporal.

—¡*Benaiga*, Lucía! —exclamó recobrando la calma. ¡Hay que volver, la Liza está mala!

Y cogiendo los remos los puso paralelos sobre la barca, encendió el motor de 6 HP y de inmediato enfiló hacia el medio del lago ya bravío. Las olas y el viento suroeste lo hicieron demorarse el doble. Lucía, su mujer, lo esperaba de pie en la otra orilla, de espaldas al rancho que se erguía como un faro chato entre las rocas, con su vientre abultado por ocho meses de espera.

—¡Apúrate, Jacinto que la Liza se agranda! —le gritó cuando estaba a diez metros.

El botero apagó el motor de la lancha y saltó hacia una pequeña playa de arena gruesa, imperceptible desde el lago salvo para un ojo avizor; y sobre corriendo pasó la cuerda de atrinque por detrás de un árbol, haciendo fuerzas hasta que la dejó montada sobre la playa.

La mujer lo abrazó con la ternura desbordante de toda embarazada, le puso sobre los hombros un chal y lo acompañó hasta el interior de la cabaña.

—Hoy he sentido moverse al niño varias veces —le contó mientras lo ayudaba a sacarse la ropa mojada. —Tal vez tenía razón doña Laura y debí quedarme en el pueblo.

El hombre rió sin ganas y se fue hasta la leñera a buscar algo para echar al fuego. A la vuelta encontró a Lucía doblada de dolor.

—¡Parece que va a nacer el niño! —gimió angustiada.

—¡No puede ser! —repuso Jacinto— ¡Hoy no, que la Liza está que muerde!

Lucía aguantó todavía tres horas más, pero sentía las contracciones vitales como anillos concéntricos que pugnaban por desocupar su vientre.

—¡Jacinto, el niño ya viene! —espetó.

—¡Pero falta un mes! —balbuceó desesperado el botero.

—¡No *jodai*, el niño ya viene!

Ambos recordaron entonces que el médico de la ronda les había advertido que la estrechez de no sabían qué cosa obligaría a la atención del parto en un hospital, de modo que sin decir una palabra más y actuando al unísono se pusieron a hacer los arreglos para el inesperado viaje. Antes de salir rezaron a San Sebastián, en una estampa clavada sobre la cómoda.

La noche se había venido, traicionera. Las nubes cargadas de amenazas empujaban la luna hacia el norte y el lago aullaba cuando sentía sobre su lomo galopante el latigazo implacable del viento.

—Jacinto —susurró la mujer—, tal vez no deberíamos cruzar el lago ahora.

Pero el hombre no escuchaba. ¡Quién mejor que él podía saber el peligro que afrontaban! ¡Cuántas veces había visto tragarse, de una mascada, botes más grandes y poderosos que el suyo durante temporales más benignos!

El árbol donde había amarrado el bote se había curvado con el peso del viento y la cenefa de las olas alcanzaba varios metros de altura.

Acomodó a la parturienta a popa, delante suyo. Cargó unas bolsas de arena al medio y encendió el motor que rugió desafiante en la noche enhiesta. Aguardó una resaca y se adentró en el lago que se estaba vistiendo de luto.

Alejándose de la orilla las olas empeoraban y ni siquiera seguían el sentido de los vientos que arremolinaban el agua, formando gruesas columnas de espuma acerada.

El bote era una viruta a merced de los elementos desbocados. Cuando lograba afirmarse en alguna oleada menguante, el motor no alcanzaba en seguida a compensar el colosal empuje del viento, así que la mayor parte del tiempo giraba en banda. Entonces Jacinto remaba a dos brazos y enderezaba la embarcación que parecía a cada rato irse a pique.

Mientras tanto, las contracciones de Lucía habían aumentado a intervalos de cinco minutos, aunque casi no sentía los dolores inherentes al mal parto que le pronosticaran, asustada como estaba ante la inminencia de un desenlace fatal. Aferrada a la tabla que le servía de asiento, lloraba y gemía, pero no desmayaba.

En un momento dado, Jacinto sintió flaquear sus fuerzas. Después de una lucha de dos horas no había avanzado más que unos centenares de metros y el bote crujía a todo lo largo, recogiendo en cada uno de sus alocados movimientos cantidades de agua que ya inundaban la mitad de su calado. En el límite de su resistencia, el hombre estuvo a punto de soltar el timón y entregarse a su suerte; pero cuando sus dedos se aflojaban de la palanca, se puso a llover violentamente y el viento, como un fuego desgastado, se apagó en un chicharreo decreciente. Las olas, hasta unos momentos indómitas, se apaciguaron como una bestia ante su amo.

La lluvia se hizo tan densa, que el botero perdió la orientación; pero, afirmándose en su puesto, escogió al azar una dirección y fijó el rumbo a toda máquina. Los rizos sobrevivientes de la tormenta, abrían camino, ruborosos, a la barca ahora desafiante; y en un momento y de repente, después que se sacudiera el agua que le cerraba los ojos, Jacinto divisó en la bruma una luz tenue, redonda, que cuando más cercana se hizo doble, guiando entonces la embarcación resueltamente hacia ella.

Al cabo de un tiempo interminable alcanzó el borde opuesto. La luz resultó corresponder a una camioneta varada en el barro del camino. Sus ocupantes se habían arrimado prestamente a la playa al sentir el ruido inexplicable de un motor que se aproximaba desde el interior del lago hasta hacía poco embravecido. Al comprobar que no se trataba de un error de su propio cansancio, se acercaron hasta la misma orilla, enterrándose media pierna en los mallines.

—¡Ayuda! —gritó Jacinto, desfalleciente, y justo en ese momento Lucía entornó los ojos mientras nacía sin dificultad el hijo tan esperado, que llenó los corazones de todos los presentes con su llanto desgarrador.

Los hombres de la camioneta se precipitaron con dificultad sobre el bote que se enredaba entre los juncos y lo jalaron hasta tierra firme. Jacinto cortó con su *verijero* el cordón umbilical que todavía mantenía unido al recién nacido a su fiel esposa y lo envolvió en la camisa que se había sacado a tirones. Encima le puso los chalecos que le facilitaron sus auxiliadores. Lucía tomó a su hijo y lo apretó fuertemente contra su pecho.

Los hombres de la camioneta les acomodaron en la cabina y premunidos de una decisión que no habían conseguido en una hora

que llevaban detenidos en el lodo, sacaron al vehículo de su aprisionamiento al primer intento. Dos de ellos treparon en la parte posterior y el chofer se dispuso a conducir presa de un nerviosismo mal disimulado.

Cuando viajaban raudamente camino a Coyhaique, se atrevió a preguntarles:

—¿Es varoncito, no?

Sí —respondió Lucía con suavidad.

Hizo un gesto con el pulgar hacia arriba a los que viajaban en la parte trasera.

—¿De dónde venían? —preguntó todavía después.

—Del otro lado del lago —respondió Jacinto sin quitar los ojos del camino que se iba descubriendo con las luces de la camioneta.

Después de un instante, al volver la vista hacia su benefactor, se percató en su ceño fruncido que no comprendía bastante. Entonces agregó:

—Soy botero del lago.

Lucía ensayó una tímida caricia en el rostro de su hijo. Luego tomó aire y dijo sin poder retener un suspiro:

—Mi hijo tendrá un bote más grande.

El rocío en la escarcha

—Voy al baño, Tarrito —fueron las últimas palabras de Exequiel antes de salir de su casa para no regresar jamás.

Tarrito las recordaba con la misma claridad con que podía memorizar párrafos enteros de las cartas que le envió el primer tiempo, durante seis meses, desde una ciudad en el norte donde fue a probar suerte y parece que la suerte tenía forma de mujer porque los últimos sobres estaban impregnados de un perfume suave que su trompo convertía en un caracol de jazmines cuando el niño jugaba sobre la alfombra de lana cruda. Exequiel representó durante toda su vida hasta ahora mismo parado en la obscuridad del único dormitorio de la choza, el lazo más firme con la realidad que presentía desde sus ojos asustados mirando a través de los remiendos de la cortina que servía de puerta. Con Exequiel o sin Exequiel su padre seguía emborrachándose diariamente, con una puntualidad que ojalá se hubiera llevado a su trabajo donde lo echaban cada semana para ser reincorporado al lunes siguiente ante los ruegos desesperados de su madre, que estaba toda una tarde haciéndole antesala al patrón con un traje escotado proveniente con seguridad de alguna gringa que lo habría donado a una obra de caridad y que nadie sabe cómo terminó en un negocio de ropa usada de Coyhaique, claro que le quedaba ancho de hombros y caderas (el largo era lo de menos), pero era la única prenda decente que tenía sin haberle costado un peso puesto que se la trajo debajo de la blusa, total había sido regalada para un pobre; y a don Carlos le encantaba ya que siempre se la quedaba mirando mientras ella se desgañitaba implorando por su marido que en lo sucesivo le garantizaba se portaría bien, agachándose lo más posible para que las frutas henchidas y maduras que le ofrecía obraran el milagro

acostumbrado de la aceptación condescendiente, así es que lo tomaba como un rito que debía cumplir cada semana en vez de ir a misa y al que respondía cada vez de una forma más mecánica —como lo hacen los católicos por herencia—, vestido que Tarrito acariciaba con sus manos de greda cuando estaba colgado en el ropero porque lo encontraba tan agradable al tacto, casi como una música para los dedos y a veces podía escuchar a través de las uñas el blando ronronear de sus hilos escurriendo como las riadas de los montes vecinos. Tantas veces le había advertido Exequiel que un día iba a sacar las piedrecillas de los bototos que le daban en la industria de pescado de Puerto Aysén (a la que lo había llevado su padre a los doce años) y que entonces correría tan lejos que ni el tiempo lograría alcanzarlo, para olvidarse de las fiestas cotidianas de su casa, de las peleas de amanecida en que debía terciar para defender el honor marchito de su madre y librarse de las bofetadas furiosas de su padre que le maceraban los labios «por haberlo avergonzado» ante sus compañeros de trabajo, «para que no seai insolente cabro», cuando la insolencia es un don pensaba él y Tarrito lo entendía así también, aunque sin poder intervenir porque ocho años son muy pocos para atajar las nubadas, pero son hartos para servir el *causeo* y salir a comprar más vino, anda luego chiquillo *cabrón*, pedís *fiao*, y encontrar la calle vacía de gente si bien llena de olor a lenga tostada, de rocío trepándose en la escarcha que se sacude como perra en celo, de veredas destrozadas donde ni los pies de un cucarro podría afirmarse, menos los de un chiquillo desnutrido que anda lo justo para no atrofiar las piernas, jugando en las esquinas a obedecer semáforos que entonces no existían en la ciudad, golpear donde ño Robles hasta que abra, aguantar sus insultos un rato largo hasta que se decida a que es mejor fiar otro poco de vino antes de que el mocoso de mierda le siga pateando la puerta, hasta cuándo vas a joder hijo de la gran maraca, dile a tu padre que es la última vez, devolverse por las mismas huellas dejadas en el barro blanqueado para no resbalarse jugando una especie de *luche* patagón para espantar el frío que se sube por la suela rota de los zapatos demasiado grandes y se regocija en las medias chilotas donde se queda a entumecerle primero los *cocos*, en seguida la espalda debilucha y luego la nuca (la cabeza le queda igual que el casco de Darth Vader), cómo duele

entonces, pero ya llegaste a la casa, cumpliste el encargo, recibiste una chuleta en el trasero a título de broma ya que están todos contentos bailando, no obstante a Tarrito no le gusta esa chacota y vuelve a esconderse en la obscuridad del cuarto hediondo a sudor de cuerpos cansados, atisbando a través de la cortina entreabierta hasta que el sueño viene a coserle con puntada firme los párpados hastiados.

—Nunca seai como el Exequiel —le dice su padre cuando llega temprano a la casa el día de la semana en que lo han despedido y se pone serio, amable, irreconocible, como si fuera a cambiar; y a Tarrito le gusta verlo así, sentir en sus tripas retortijones de nervios aunque sepa que esa ilusión durará hasta que llegue el Chalala, su alegre compadre que según el carné es puestero, pero es seguro que lo escribió él mismo porque está a mano y además siempre anda en la ciudad, a veces lo encuentra frente al Correo rondando el quiosco donde llegan los diarios desde la capital siempre que el avión cumpla el impredecible itinerario del clima, normalmente a medio filo y cuando lo divisa le grita «¡Tarrito!» y a él le da mucha vergüenza porque la gente lo mira, a lo mejor les da risa que un chiquillo salga corriendo por la plaza a perderse entre la bruma de la tarde apenas escucha los gritos desaforados del curadito que lo llama por su apodo. Sin embargo, a Tarrito le gusta que lo manden al centro, aún a pesar del riesgo siempre latente de encontrarse con el Chalala, porque de este modo aprovecha de pasar a la estatua del ovejero, subirse al caballo esculpido a tamaño natural, saltar de una oveja a otra hasta que lo correteen los niños más grandes de los columpios vecinos donde él nunca concurre para evitar que alguna vez se burlen nuevamente de su piel obscura y escamada o se rían de su eterna polera roja de manga corta aunque hayan cinco grados bajo cero.

Esas fiestas tan aborrecidas por Tarrito empezaron a distanciarse cuando a su padre se le ocurrió convertirse en pescador, él, que del mar no sabía más que mojaba —¡ay que risa su modo afeminado de andar cuando recién se bajaba del bote!— y partía semanas enteras a Las Huichas a sacar
merluzas-la-española-no-la-atorrante-que-se-conoce-en-el-norte
, entonces disfrutaba de su madre en las mañanas temprano cuando

podía poner la cabeza bajo el brazo que le colgaba del catre y la restregaba en los dedos exánimes antes que se fuera a trabajar puertas afuera en la casa de un militar. Incluso alcanzó a rozar ese destello deslumbrante que llaman vida cuando a su padre se le ocurrió dedicarse mejor a la captura clandestina del loco, da más plata, vieja, se te ocurre que voy a andar *hueveando* entre las islas por dos chauchas, y menos lo veían y más tomaba ella, no por ausencia de su esposo a quien verdaderamente despreciaba de la manera más intensa aunque al nivel de las profundidades más recónditas del alma, no tanto por la vida de miseria que no había sido capaz de evitarle sino más bien por las palizas que la daba a título de primacía y que apagaban sus infinitamente pequeños asomos de esperanzas, hasta que el trago escaseaba y tenía que ponerse de nuevo a trabajar, implorarle a la vieja gorda que la recibiera otra vez para recibir unos pocos pesos y unas pilchas que cambiaba por vino en la taberna del maltés, quedarse afuera en las noches de juerga para ganar unos pesos con los que te voy a mandar a estudiar, Tarrito, para que no *seai* un inútil como tu padre.

Persiguiendo la etiqueta esquiva de una botella la siguió una noche el niño hasta una casa de calaminas que servía de amplificador al bullicio licencioso de su interior y la vio bailando trepada en una mesa, vestida solamente con una parka, brillándole sus ojitos de cristales rotos esparcidos en el suelo de su cara. Tarrito decidió que no volvería a hacerlo, que seguir a su madre no era bueno para sus pulmones enfermos, mejor era esperarla acostado en la cama con el techo en sus ojos hasta que ella tropezara en la madrugada al entrar en la pieza por los empujones de la luz en su espalda, mientras él simulaba dormir a fin de que no le escudriñara las pupilas descuartizadas por las lágrimas, o para que no le sorprendiera otra vez ni una gota más de esa sangre espesa con que salpicaba la almohada en cada tos que se escapaba a hurtadillas de su pecho.

En una ocasión pasaron tres meses sin que regresara su padre y Tarrito creyó que podría haberse muerto como tantos que desafían los canales australes, donde es más fácil encontrar una lancha hundida cada mañana que un pedazo de pan fresco para el desayuno. Casi estaba olvidando sus facciones el día que lo trajeron

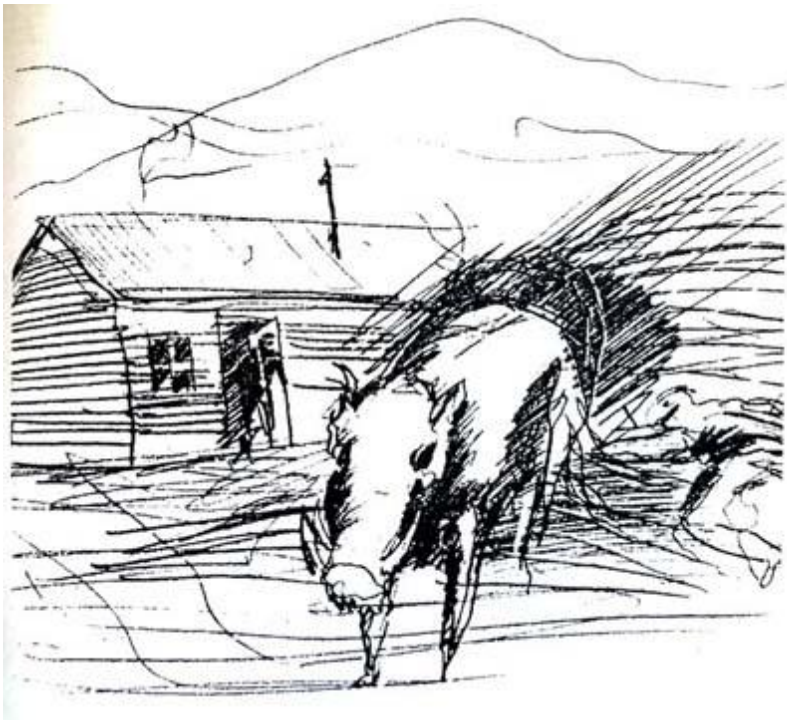
amarrado con una camisa de fuerza hecha de harapos, los ojos desorbitados y la mirada extraviada, dando gritos guturales en contra de los brujos y lo tuvieron que acostar embarrado entero, con restos de pelillo enredados en sus cabellos.

Desde entonces su madre tuvo que trabajar el doble, día y noche, porque el pescador no volvió en sus fueros, completamente absorta la conciencia por la idea de que era perseguido por los brujos, pasándose las horas dibujando con un palo en el piso de tierra los rostros de quienes lo acechaban sin descanso, desvelado en las noches por temor a que lo fueran a llevar mientras dormía, aunque al final igual rendía su escasa conciencia acalambrado por las amarras que había que ponerle cada vez que su agitación se volvía intolerable.

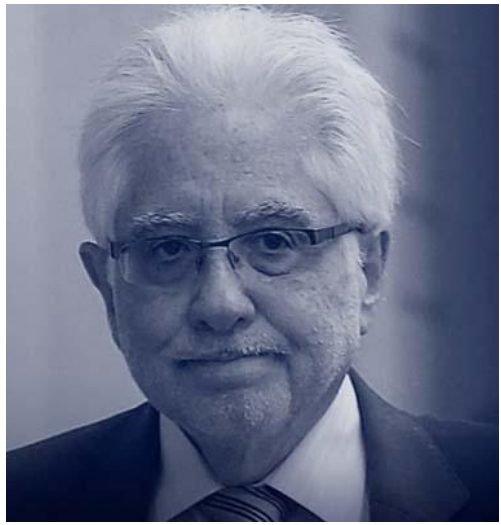
Para substraerlo del ambiente infernal que el hombre enloquecido estaba promoviendo en su hogar, su mamá empezó a llevar a Tarrito a su trabajo en la casa de esa señora inmensa y fría como la pampa, que lo refregaba con cloro cada mañana apenas llegaba para espantarle los piojos y lo dejaba parado al lado de la cocina a leña encargado de que no se fuera a apagar, mientras su madre efectuaba las labores domésticas.

Podría haberse pasado el resto de su vida avivando el carbón de ñire, comiendo puchero de cordero capón sin presa y aguantando el cloro que le estaba botando el pelo a cambio de la tibieza incomparable de esos momentos de tranquilidad irreverente. Pero una tarde al regresar a la choza mortecina encontraron a su padre tieso como una rama, con los ojos aterrados fijos en la pared y los brazos extendidos en un gesto de rechazo. Su cuerpo estaba tan rígido que no cupo en un ataúd normal y tuvieron que enterrarlo en una caja de embalaje.

Cuando su madre lo llevó a la industria de pescado, Tarrito pensaba en lo orgulloso que habría estado Exequiel de ver a su hermano todo un hombre a los once años y se juró que alguna vez partiría a buscarlo, para hablar de todas las cosas que habían ocurrido desde su partida y sobre todo contarle que a su padre se lo habían llevado los brujos y que le faltarían eternidades para volverse a emborrachar.



El Jabalí, Ilustración de Andrés Villouta.



CARLOS ARÁNGUIZ ZÚÑIGA, (Antofagasta, Chile; 18 de septiembre de 1953 - Rancagua, Chile; 3 de enero de 2021)

Carlos Aránguiz Zúñiga fue un abogado, juez y escritor chileno. Se desempeñó como ministro de la Corte Suprema de Chile entre 2014 y 2021, y como ministro de la Corte de Apelaciones de Rancagua entre 2001 y 2014. Como escritor publicó 9 obras, incluyendo novelas, cuentos y poesía.

Paralelo a su carrera judicial, Aránguiz se destacó como escritor de cuento, novela y poesía. Una parte significativa de su obra literaria está inspirada y ambientada en la Región de Aysén, Patagonia chilena, donde residió entre los años 1989 y 2000. Sus libros fueron traducidos al inglés, portugués y alemán, y sus dos primeras obras fueron declaradas material complementario para la educación por el Mineduc. Fue miembro de la Sociedad de Escritores de Chile y de la Academia Chilena de la Lengua. Además, fundó la revista literaria *Francachela*.

OBRAS:

Cuentos de la Carretera Austral, (cuentos, 1991).

Aysén: La estación del olvido, (novela, 1992).

Desde Aysén y otros casi-poemas, (poemas, 1995).

Cuentos bioceánicos, (cuentos, 1997).

De cordilleras y alevines, (poemas, 1997).

Piel de naufragios, (poemas, 1999).

Defensa de Lot, (poemas, 2007).

La condesa de la Patagonia, (novela, 2008).

El muérdago y otros afanes truncos, (cuentos, 2017).